

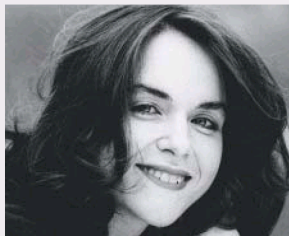
Mucho más que un par de premios Nobel

Además de Modiano, Piketty y Carrère, autores franceses de todo tipo conquistan las librerías. Por Guillermo Altares



Vestido de novia
Pierre Lemaitre

Pierre Lemaitre (París, 1951) se ha convertido en una celebridad literaria con su gran novela sobre las heridas de la Primera Guerra Mundial, *Nos vemos allí arriba* (Salamandra), con la que ganó el Goncourt. Sin embargo, en Francia ya era un escritor reconocido y respetado en uno de los géneros que más se han cultivado en este país: el policíaco (¿qué sería de la novela negra universal sin la Serie Noire de Gallimard?). *Vestido de novia* (Alfaguara) es un contundente thriller, cuya trama está plagada de sorpresas y recovecos.



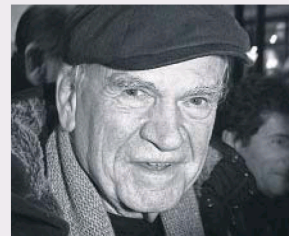
Cómo aprendí a leer
Agnès Desarthe

Junto a Maylis de Kerangal —*Nacimiento de un puente* (Anagrama)— y Marie NDiaze —*Tres mujeres fuertes* (Acatilado)—, Agnès Desarthe (París, 1966) pertenece a una generación de escritoras francesas nacidas en los sesenta que han ido forjando una obra cada vez más sólida, con una gran repercusión en su país. Agnès Desarthe relata en *Cómo aprendí a leer* (Periférica) su relación con las letras y, a la vez, repasa entre el cariño y la ironía la cultura francesa. Mondadori había publicado sus dos títulos anteriores: *Un secreto sin importancia* y *Cinco fotos de mi mujer*.



Lejos de ellos
Laurent Mauvignier

Autor de *Hombres* (Anagrama), una impresionante novela sobre la guerra y sobre una de las grandes sombras de la historia reciente de Francia (el conflicto de Argelia), Laurent Mauvignier (Tours, 1967) es uno de los más interesantes novelistas actuales. *Lejos de ellos*, que acaba de ser rescatada por Cabaret Voltaire, es su primera novela, en la que relata una oscura historia familiar. Es autor de una de las principales novedades de la rentrée literaria francesa, *Autour del monde*, en el que une a varios personajes a través del terremoto de Japón de 2011.



La fiesta de la insignificancia
Milan Kundera

El francés ha sido siempre una lengua de acogida. El irlandés Samuel Beckett, los rumanos Eugène Ionesco y Emil Cioran o el lituano Romain Gary son clásicos franceses que nacieron en otras lenguas. La red de liceos y las antiguas colonias han continuado esa tradición en la que se inscriben ahora autores como Atiq Rahimi, que ganó el Goncourt con *La piedra de la paciencia* (Siruela). El checo Milan Kundera (Brno, 1929) ha sido el último en cruzar el Rubicón de la lengua y ha escrito sus últimas cuatro novelas en francés, entre ellas *La fiesta de la insignificancia* (Tusquets).



El Occidente medieval
Jacques Le Goff

Georges Duby defendió que la historia tenía que ser, ante todo, un género literario. Algunos de los mejores prosistas franceses son investigadores y, a la vez, clásicos de la lengua, nombres como Claude Lévi-Strauss, Fernand Braudel, Jean-Pierre Vernant, Jacqueline de Romilly o Gaston Bachelard. El último superviviente de aquella generación de sabios fue Jacques Le Goff (1924-2014), fallecido en abril y que, junto a Duby, explicó la Edad Media a través de libros como *La civilización del Occidente medieval* (Paidós).



Huye rápido, vete lejos
Fred Vargas

Fernando Savater escribió sobre ella que es "una de las mejores novelistas francesas del momento, en cualquier género y categoría". Fred Vargas (París, 1957), paleo-zoóloga experta en la peste negra, es una de las escritoras más interesantes y originales de Europa, con sus series del comisario Adamsberg y de los Tres Evangelistas. Sus libros, novelas negras como *Huye rápido, vete lejos* (Siruela) que enganchan casi desde el arranque, no se parecen a nada que se haya leído anteriormente, son un constante *tour de force*.



Felices los felices
Yasmina Reza

Con su obra *Arte*, Yasmina Reza alcanzó un éxito que logran muy pocos dramaturgos. Junto a Ana Gavalda, Muriel Barbery y Katherine Pancol —aunque a cierta distancia literaria—, es una presencia constante en las listas de más vendidos. Su libro sobre el expresidente Nicolas Sarkozy, *El alba, la tarde o la noche*, es un apasionante retrato de la política. Anagrama acaba de editar en castellano *Felices los felices*, en el que narra las historias de 18 personajes que, sólo aparentemente, no tienen nada que ver entre ellos.



La infancia de Alain
Emmanuel Guibert

En ningún otro lugar, los tebeos ocupan un espacio tan destacado como en Francia y Bélgica. Más allá de los nuevos clásicos del género, desde Tardi hasta Manu Larcenet o Sfar, uno de los autores más interesantes es Emmanuele Guibert (París, 1964), que mezcla la fotografía con el dibujo para hacer experimentos tan interesantes como *El fotógrafo*, sobre la guerra civil en Afganistán. *La infancia de Alain* forma con *La guerra de Alain* un lúcido recorrido por el siglo XX a través de la biografía de un estadounidense.

un episodio de la *Comedia Humana* de Balzac y concretamente de *Le Père Goriot*.

El joven Rastignac, que quiere escalar en la sociedad francesa durante la restauración borbónica, debe escoger entre el trabajo y el mérito, que le reportarán unas rentas insuficientes, o buscar mediante el matrimonio una herencia que le sitúe en la cima de la sociedad, aunque sea por medios inmorales. El siniestro Vautrin, expresidente prendado del joven, "explica a Rastignac que el éxito social por los estudios, el mérito y el trabajo es una ilusión", por lo que le propone incluso el crimen para alcanzar el patrimonio de una rica heredera. "No basta con obtener brillantemente los diplomas de Derecho; hace falta normalmente intrigar durante muchos años sin garantía de resultados. En estas condiciones, si se percibe en el vecindario inmediato una herencia del centil superior, mejor será sin duda no dejarla pasar", escribe Piketty.

"Hasta la Primera Guerra Mundial, el dinero tiene un sentido, y los novelistas no dejan de explotarlo, explorarlo y convertirlo en materia literaria", señala. Pues bien, una vez la literatura ha dejado de ocuparse del dinero y del patrimonio, el economista nos augura el regreso de una sociedad patrimonial que ya se acerca ahora mismo a las desigualdades experimentadas en la Belle Époque, justo antes de 1913, cuando empezó una época, un paréntesis más bien, en que han sido más el mérito, el trabajo y el estudio los instrumentos para el ascenso social que la posesión de un patrimonio importante.

Muchas son las explicaciones para la época de mayor igualdad que hemos vivido y de la que nos estamos alejando a marchas forzadas. La enorme destrucción

"Hasta la Primera Guerra Mundial, el dinero tiene un sentido y los novelistas no dejan de explotarlo y explorarlo"

de patrimonios de las dos guerras mundiales es una de ellas y quizás la principal. También la implantación de sistemas fiscales y del Estado de bienestar. Y, naturalmente, la inflación que se ha fundido fortunas y deudas para desesperación de quienes estaban habituados a la estabilidad monetaria del patrón oro.

La despreocupación literaria por la moneda y el patrimonio refleja un cambio en la percepción social y es fruto también de un engaño, tal como subraya Piketty: "A veces imaginamos que el capital ha desaparecido, que por arte de ensalmo hemos pasado de una civilización fundada en el capital, la herencia y la filiación a una civilización fundada en el capital humano y el mérito. Los accionistas bostezantes habrían sido reemplazados por los cuadros meritarios, simplemente por arte del cambio tecnológico". Queda por ver si al regreso de la sociedad patrimonial que atisba *El capital en el siglo XXI* le acompañará también una mirada literaria ocupada de nuevo en la desigualdad, el dinero y los patrimonios como en las novelas de Jane Austen, Balzac o Henry James. Hay fundadas razones para dudarlo. •